

2.º *La causa por el efecto, y este por aquella.* De uno y otro tenemos ejemplo en estas dos expresiones castellanas, *vivir de su trabajo, y ganar el pan con el sudor de su rostro.* En la primera, que quiere decir mantenerse con la ganancia que produce el trabajo, se toma este, causa productiva de la ganancia, por la ganancia su efecto; y en la segunda, que vale tanto como ganar con el trabajo lo necesario para vivir, se designa el trabajo, causa del sudor, por el sudor mismo, efecto del trabajo.

3.º *El inventor por la cosa inventada.* Aquí se refieren las expresiones poéticas en que los nombres de las Divinidades gentílicas se ponen: 1.º por los de aquellas cosas que, según la opinión vulgar, habían inventado; y 2.º por los de otras, de las cuales se las creía númenes tutelares. Por la primera especie de traslación en lenguaje poético *Ceres* significa el pan, *Baco* el vino &c.; y por la segunda *Marte* se toma por la guerra, *Anfitrite* por el mar &c.

4.º *El autor por sus obras.* Así decimos comúnmente *leo á Ciceron, Virgilio &c.*, por «leo las obras de estos escritores»; pero es de advertir que no todas las expresiones en que para designar un libro se nombra su autor son verdaderos tropos, algunas son simples elipsis. Tal es esta, «tengo un Ciceron de Dos-Puentes», la cual no es más que una elipsis de esta construcción plena, «tengo un ejemplar de las obras de Ciceron, impresas en la ciudad de Dos-Puentes».

5.º *El instrumento con que se hace alguna cosa, por la manera de hacerla, ó por la persona que la hace.* Así: 1.º porque los antiguos escribían con un punzon llamado en castellano *estilo*, esta palabra se toma por la manera misma de escribir, ó de manifestar los pensamientos por escrito; y 2.º porque nosotros escribimos con plumas, además de decir como en el primer caso, «fulano tiene buena pluma», esto es, escribe bien; tomamos la pluma por el escritor mismo, diciendo v. gr. «plumas muy elocuentes han tratado de esta materia»; en lugar de decir «escritores muy elocuentes.»

Obsérvese que de estos cinco modos los cuatro últimos no son realmente mas que variedades del primero, pues el inventor y la cosa inventada, el autor y sus obras, el instrumento y lo que con él se hace, no son, como se ve, mas que causas y efectos de diferentes clases, y toda causa y efecto son un antecedente y un consiguiente; porque toda causa precede, á lo menos en orden, á su efecto, y este se sigue á ella. Sin embargo, los he indicado con separacion para que no se extrañe lo que en los autores se lea sobre estas traslaciones, ni se crea que son distintas de las metonimias.

Obsérvese tambien que del modo de antecedente por consiguiente hacen algunos un tropo particular que llaman *metalepsis*, pero ya se ve cuan inútilmente.

*Metáfora.*

Esta palabra significa literalmente *traslacion*. Y aunque este es un nombre genérico que se da, como hemos visto, á toda acepcion de las palabras en un sentido que no es rigurosamente el suyo propio; conviene sin embargo con mas propiedad á las de la tercera especie, es decir, á aquellas en que se da á una cosa el nombre de otra con la cual tiene alguna semejanza. La razon la daré mas adelante: ahora veamos en qué se fundan y cómo se forman las traslaciones llamadas *metáforas*, las mas usuales y mas importantes de todas.

Ya he dicho, y la experiencia lo acredita, que las ideas de los objetos que tienen entre sí alguna semejanza están unidas y enlazadas en nuestro ánimo de un modo que para nosotros es tan desconocido como constante es el hecho. La experiencia nos demuestra igualmente, como dejamos observado, que en virtud de esta conexion de las ideas, cuando nos acordamos de un objeto, se nos recuerdan tambien otros que se le parecen, y señaladamente aquellos que le son semejantes en la cualidad ó circunstancia determinada que en aquel instante contemplamos. Tambien es un hecho que esta presencia simultánea de las dos ideas hace que necesaria y aun involuntariamente observemos aquello en que convienen ambos objetos. Finalmente, es cons-

tante que muchas veces cuando hablamos de un objeto, necesitamos dar á conocer, no solo el objeto mismo, sino tambien la semejanza que hemos observado entre él y el otro que se le parece: porque esto servirá para que se le conozca mejor, viendo lo que tiene de comun con otro que ya nos es conocido.

Ahora bien; esto puede hacerse de dos maneras, ó diciendo expresamente que una cosa es semejante á otra bajo tal ó cual aspecto, ó poniendo el nombre de esta por el de aquella: lo primero se llama, como dije en otro lugar, hacer una comparacion, porque no es otra cosa que traducir al language el acto del entendimiento llamado comparacion: y lo segundo es cabalmente lo que llamamos *metáfora*. Se ve pues que esta no consiste en otra cosa que en dar á un objeto el nombre de otro con el cual tiene alguna semejanza, y que es un símil expresado en una forma compendiosa. Se supone que el un objeto es tan semejante al otro, que sin hacer expresamente la comparacion entre ellos, como en el símil formal, se puede poner el nombre del uno en lugar del nombre del otro. Así, por quanto lo que hace un Ministro en el órden político, cuando por sus acertadas providencias impide que una nacion decaiga de su poder y gloria, es enteramente parecido á lo que los objetos materiales llamados columnas hacen respecto de los edificios en el órden mecánico; damos á un buen Ministro el nombre de *columna*, y decimos que es la *columna*

*del Estado*: porque el denuedo con que un guerrero se arroja sobre su enemigo en un combate, es muy semejante á la intrepidez con que un leon se arroja sobre la presa que quiere devorar; damos á aquel el nombre de *leon* &c. &c., pues los ejemplos ocurren á cada paso.

En la metáfora no hay ni puede haber varios modos de verificar la traslacion, porque siempre consiste en sustituir al signo de una idea el de otra semejante; pero se pueden distinguir tres variedades. 1.<sup>a</sup> Si en una frase no hay mas que un solo término metafórico, como en la citada, «un buen Ministro es la *columna* del Estado», la metáfora se llama *simple*. 2.<sup>a</sup> Si hubiere dos, tres, ó mas con otros de significacion literal, como en esta, «un Ministro es la *columna* que *sostiene* el edificio del Estado», la metáfora será *continuada*. 3.<sup>a</sup> Si todos los de una frase son metafóricos, v. gr., «cayó la *columna* que sostenia el edificio», tendremos ya una verdadera *alegoria*. Estas se diferencian de las metáforas continuadas, porque en ellas las expresiones pueden entenderse tanto en el sentido propio como en el figurado; al paso que en las metáforas continuadas las palabras de significacion literal que se mezclan con las metafóricas, determinan necesariamente su significacion. Por esto, si en lugar de decir «cayó la *columna* que sostenia el edificio», se dijese «cayó la *columna* que sostenia la *nacion*», esta última palabra, que no puede designar un edificio material, hace ver al instante

que la columna que la sostiene no puede ser tampoco material, ni la caída el movimiento físico á que damos este nombre. Al contrario, en las alegorías solo por el contexto y demas circunstancias se viene en conocimiento de su verdadero sentido, pues la expresion por sí sola es tan verdadera en el propio como en el figurado. De aquí resulta que de las alegorías algunas pueden ser equívocas, de las metáforas ninguna; si por otra parte los términos estan bien escogidos, y la cláusula bien construida.

La oda de Fr. Luis de Leon á la vida del cielo, que empieza *Alma region luciente*, seria enteramente alegórica, si no hubiese mezclado con los términos metafóricos varias expresiones de sentido propio que no dejan ya duda de que el de la oda entera es figurado. Dice así:

Alma region luciente,  
prado de bien andanza, que ni al hielo,  
ni con el rayo ardiente  
fallece, fértil suelo,  
producidor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve  
florida la cabeza coronado,  
á dulces pastos mueve,  
sin honda ni cayado,  
el buen pastor en tí su hato amado.

El va, y en pos dichasas  
le siguen sus ovejas, dó las paca  
con *inmortales* rosas,  
con flor que siempre nace,

y cuanto mas se goza, mas renace.

Y dentro á la montaña

del *alto bien* las guia, y en la vena

del gozo *fiel* las baña,

y les da mesa llena,

pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando

á cumbre toca altísimo subido

el sol, él sesteando,

de su hato ceñido,

con dulce son deleita el *santo* oido.

Toca el rabel sonoro,

y el *inmortal* dulzor al alma pasa,

con que envilece el oro,

y ardiendo se traspasa,

y lanza en *aquel bien libre de tasa*.

¡Oh son, oh voz! siquiera

pequeña parte alguna descendiese

en mi sentido, y fuera

de sí el alma pusiese,

y toda en tí, oh amor, la convirtiese!

Conoceria donde

sesteas, dulce esposo, y desatada

de esta prision, adonde

padece, á tu manada

viviera junta, sin vagar errada.

Cualquiera puede conocer que algunas palabras, como las *del alto bien*, aplicadas á la montaña, y las *del gozo fiel*, unidas á las de *vena*, determinan el sentido figurado de ambas; porque no hay ninguna montaña material que se llame *del*

*alto bien*, ni la vena *del gozo* puede ser arroyo ó fuente de agua verdadera. Nótese sin embargo que esta mezcla del sentido propio con el figurado no es aquí un defecto; toda la oda es bellísima. Lo que hacen las dos expresiones citadas, y las otras señaladas con bastardilla es quitar á la composicion el carácter de rigurosa alegoría y dejarla en metáfora simplemente continuada; pero aunque bastante larga, está bien sostenida en todas sus partes.

Ahora puede ya conocerse lo que antes se indicó, á saber, que á la metáfora conviene con mas propiedad que á los otros dos tropos el nombre de traslacion. En efecto, si examinamos las sinécdoques y metonimias, veremos que en ambas la significacion de las palabras se extiende ó se limita, pero no se traslada enteramente. En ambas la palabra que se dice trasladada, designa en todo ó en parte el objeto que suele designar en su acepcion literal; lo cual no se verifica en las metáforas. En estas la palabra que empleamos para expresar una idea distinta de la que ella primitivamente significa, designa aquella tan exclusivamente que solo respecto de ella puede ser verdadero lo que se enuncia, y así con razon se dice entonces que las palabras, perdiendo su acepcion ordinaria, toman momentáneamente otra; lo cual no sucede en las sinécdoques y metonimias, en las cuales no pierden la suya totalmente. Por ejemplo, cuando por sinécdoque decimos »tantas velas han salido de Cá-

„diz”, la palabra *velas* designa todavía la parte de un navío así llamada, y es cierto que las velas han salido del puerto; pero designa además las otras partes y el buque entero. Cuando por metonimia decimos, vivir de su *trabajo*; esta palabra significa ahora más de lo que significa ordinariamente, pues no significando en su acepción literal más que la acción de trabajar, designa ahora también la ganancia que de tal acción nos resulta, en lo cual está el tropo; pero se ve claramente que aun aquí significa todavía la acción de trabajar, y que en efecto esta nos procura lo necesario para vivir. Al contrario, cuando por metáfora llamamos á un Ministro *la columna* del Estado, la voz *columna* no significa ya un cilindro ó rollo de madera, ó de piedra, que es el objeto que designa tomada en su acepción literal, sino el hombre que gobierna bien un Estado. Esta es una observación no indiferente para entender la naturaleza de los tropos.

Concluamos ya este artículo, recorriendo todas las cosas que los retóricos vulgares han contado como otras tantas especies de tropos distintas de las tres anteriores; para que se vea que las otras que ellos admiten, ó no son verdaderos tropos, ó están comprendidas en alguno de los tres. Son las siguientes: *Antonomasia*, *Metalepsis*, *Alegoria*, *Alusion*, *Hipérbole*, *Descripcion* (que ellos llaman *Hypotyposis*), *Atenuacion*, *Perifrasis*, *Ironia*, *Hypalage*, *Onomatopeya*, *Silepsis oratoria*, *Catacrexis* y *Eufemismo*. Ya hemos vis-

to que las tres primeras se reducen respectivamente á la sinécdoque, á la metonimia y á la metáfora, y que las seis siguientes son figuras y no tropos. La hypalage todos saben que es una licencia ó figura de sintaxis, y la onomatopeya veremos luego, tratando de la armonía, que es la cualidad que tienen algunas palabras de imitar por los sonidos de que constan, el ruido de algunos cuerpos, cosa que nada tiene que ver con el sentido en que se toman. Así, solamente puede quedar alguna duda respecto de la catacrexis, la silepsis y el eufemismo: pero con solo explicar lo que se entiende por estos nombres, se verá que no son especies nuevas de tropos, sino ciertos modos de usar los tres ya explicados.

Se llama *catacrexis*, voz griega que literalmente quiere decir *abuso*, el empleo que se hace de una palabra cuando se la destina á significar una idea para la cual no hay nombre propio en la lengua. Por ejemplo, hemos visto antes que no teniendo en castellano nombre propio las porciones iguales de papel de que se compone un libro, las llamamos *hojas*, que es propio de las de los árboles; pero es claro que si, como dijimos, esta traslación se ha fundado en la semejanza, será una metáfora; y si, como otros quieren, en que con las hojas de ciertos árboles se formaron en otro tiempo los libros, será una sinécdoque de la materia por la cosa que de ella se hace. Lo mismo se verá en cuantos ejemplos puedan citarse. Siempre la traslación será entre ob-

jetos coexistentes, consiguientes ó semejantes.

La *silepsis* oratoria dicen que se comete cuando una palabra se emplea en una expresion con tales adjuntos, que es necesario entenderla en sentido figurado respecto de uno de ellos, y en sentido literal respecto del otro: v. gr. en esta expresion, «la conversacion de N. es mas dulce que «la miel», en la cual el epíteto *dulce* debe entenderse figuradamente respecto de la conversacion, y literalmente respecto de la miel. Pero aqui ¿hay acaso otra cosa que una expresion en parte metafórica y en parte no? ¿Qué traslacion de nueva especie encontramos en ella? Ninguna: no hay mas que una metáfora comun y comunísima.

El *eufemismo* no es otra cosa que la cualidad general del estilo que hemos llamado *decencia*, y consiste, como ya se dijo, en disfrazar y ocultar, como bajo de un velo, aquellas ideas que expuestas con claridad podrian ofender el pudor ó el respeto que se merecen el auditorio, el público entero, ó la persona particular con quien hablamos. Y como para esto se recurre á ciertas figuras que ya hemos visto, y á los tropos; es claro que el eufemismo no es tropo ni figura, sino el uso que hacemos de estas y de aquellas para disfrazar ciertas ideas duras, desagradables ó menos decentes. Así, cuando Temístocles, al proponer á los atenienses que desamparasen la ciudad, no empleó, porque le parecieron demasiado duros, los términos griegos equivalentes á los de

*abandonar, dejar* &c., y solo les dijo: «que la »depositasen en manos de los Dioses», usó de un eufemismo, en que se emplea la metonimia. El modo con que Natan reprendió á David su pecado, fué un eufemismo en que hizo uso de la alegoría. Cuando los griegos llamaban *Euménides* á las Furias, y *Caron* al barquero del infierno, expresiones que son conocidos eufemismos, se servían, como ya se ha dicho, de la figura llamada *antífrasis*. Las *perífrasis* y *atenuaciones* ya he indicado también que son muy oportunas para conservar el eufemismo; y lo mismo debe decirse de los términos vagos, de los equívocos y de las alusiones. Repetiré con este motivo lo que ya dije tratando de las antífrasis, á saber, que al traducir los clásicos antiguos es necesario tener siempre á la vista su eufemismo para entender y traducir bien ciertas expresiones, y daré otra nueva prueba.

Los griegos, y sus imitadores los romanos, tenían á mal agüero hablar de la muerte en sus ceremonias religiosas, y aun en las juntas populares, porque estas eran precedidas de sacrificios, lustraciones y otros actos de religion; y en consecuencia, para indicar esta idea se valían de ciertas expresiones vagas y perifrásticas que ellos entendían muy bien, porque estaban ya consagradas por el uso, pero que traducidas literalmente á las lenguas vulgares nada quieren decir para nosotros. Así Ciceron, prometiendo en su primera Filípica explicarse con toda libertad so-

bre los proyectos de Antonio, y queriendo decir que si esta su franqueza le costaba la vida, como era muy de temer, dejaría á lo menos un monumento de su amor á la patria; indica oscuramente la idea »si pierdo la vida», con esta expresion vaga. »Si algo me sucediere», *si quid mihi humanitus accidisset*; y el traductor que la vierta literalmente dejará en tinieblas á los lectores, si no saben que aquel *algo* no es nada menos que ser proscrito y degollado, ó asesinado clandestinamente. Lo mismo sucede con aquel pasage tan famoso de Demóstenes, tambien en su primera Filípica, en el cual echa en cara á los Atenienses su carácter frívolo y novelero, pues hallándose la patria en peligro, se entretenian en andar por los corrillos preguntándose unos á otros: »¿hay alguna noticia? ¿Ha muerto Filipo? — No, pero está »enfermo.» A lo cual replica con vehemencia el orador: »¿y qué os importa? Si este Filipo muriese, bien pronto formaríais vosotros mismos otro »Filipo.» La expresion literal del original que corresponde á la castellana »si muriese este Filipo», es, *si algo padeciere*; pero ya se deja conocer que en castellano es menester traducir el pensamiento no las palabras materiales: claras en griego para los Atenienses, porque eran una especie de fórmula en que estaban convenidos; y oscuras para nosotros, que no teniendo la misma supersticion que ellos, no las empleamos en iguales casos, ni podemos darlas igual valor.

## ARTICULO IV.

*Ventajas de los tropos.*

Entre las grandes ventajas que nos proporcionan los tropos para expresar los pensamientos con toda la energía, precision y claridad que en muchas ocasiones no hallaríamos en el sentido propio de las palabras mas bien escogidas; las principales son las siguientes.

1.<sup>a</sup> »Por medio de los tropos, en el mismo espacio de tiempo en que con palabras tomadas en sentido literal excitaríamos una sola idea, excitamos dos, una expresamente enunciada, y otra simplemente sugerida.” Para convencerse de ello no hay mas que sustituir á una expresion figurada otra equivalente, pero literal; y se verá cómo de los dos objetos que nos presentaba la primera, desaparece inmediatamente el uno. Por ejemplo, si cuando decimos »un buen Ministro es la *columna* de la nacion” dijésemos que hace de modo que ella no pierda su independencia política, veríamos sí al Ministro, y lo que hace en favor de la nacion, y aun esto no con tanta claridad; pero desaparecian el edificio y la *columna* que le sostiene, y el juicio comparativo de la semejanza que hay entre la nacion y un edificio, entre la columna que mantiene este, y el Ministro que gobierna aquella.

2.<sup>a</sup> »Los tropos contribuyen á hacer mas claras

«las expresiones en que se emplean oportunamente.» En efecto, su principal ventaja es la de darnos una idea mas clara del objeto que la que tendríamos si se empleasen palabras tomadas en significacion literal. Esto es evidente respecto de aquellas que por medio de palabras que literalmente designan objetos materiales nos ponen á la vista los inmateriales y abstractos; pues es bien claro que sin el auxilio de los tropos, ni aun oscuramente podríamos comunicar semejantes ideas espirituales. Mas aun respecto de los mismos objetos sensibles que á veces designamos con palabras trasladadas, es indudable que estas nos dan de ellos una idea mas clara que la que podria darnos su nombre propio. Cómo se verifique lo conocerá fácilmente el que observe cuánto contribuyen á aclarar é ilustrar las ideas principales las accesorias bien escogidas; y cuánto mas claras son las impresiones determinadas que las vagas y confusas: porque verá que los tropos sirven precisamente para excitar juntamente con la idea principal aquellas accesorias que mejor la caracterizan relativamente al punto de vista en que la consideramos en aquel momento, y de este modo hacen mas determinada y circumscripta la impresion del objeto. Por la misma razon:

3.<sup>a</sup> «Contribuyen admirablemente á la energía del estilo»; porque consistiendo esta en presentarnos de una manera viva y animada las cualidades mas interesantes de los objetos; es claro, por lo que acabamos de indicar, que ninguna ex-

presion podrá proporcionarnos mejor esta ventaja que aquella en la cual, por una feliz traslacion de significado, presentemos un objeto en el punto de vista mas acomodado para que resalten las cualidades que queremos hacer notar con particularidad.

4.<sup>a</sup> »Dan tambien á las expresiones una concepcion que sin ellos no podrian tener las mas veces.” Si no, véase cuánto mayor número de palabras seria necesario para expresar en términos literales el pensamiento contenido en esta expresion metafórica. »El odio público *se oculta bajo la máscara* de la adulacion.” Un largo discurso seria necesario, dice Condillac, para expresar este pensamiento con palabras tomadas en su acepcion literal.

5.<sup>a</sup> »Enriquecen el language y le hacen mas copioso”, pues multiplicando el uso de las palabras, y dándolas nuevas significaciones, nos proporcionan modos de expresar todas las ideas é indicar sus mas ligeras diferencias, lo cual no siempre pudiera hacerse con palabras tomadas en su literal acepcion.

6.<sup>a</sup> »Dan dignidad y nobleza al estilo”, porque como las palabras tomadas literalmente son tan comunes y familiares, necesitamos recurrir á las acepciones secundarias y figuradas, cuando queremos dar al estilo el tono elevado y magestuoso que exigen ciertas composiciones.

7.<sup>a</sup> »Le dan tambien belleza y gracia.” Esto es tan evidente que no necesito probarlo con ra-

zones y ejemplos: y ni aun haria esta observacion, si no debiera notar con este motivo cuán pobre y mezquino es lo que sobre los tropos se halla en los retóricos vulgares. Todos ellos declaran que solo hablan de los tropos, porque estos adornan el discurso; y este parece ser el único servicio para el cual los reconocen útiles. Sin embargo, ya hemos visto cuántas otras cosas mas hacen que adornar el language.

8.<sup>a</sup> Como ya se indicó »nos son de grande auxilio para disfrazar, cuando conviene hacerlo, »ciertas ideas tristes, desagradables ó contrarias »á la decencia." Casi todas las expresiones que empleamos en este caso son de sentido figurado; y sin este no siempre podríamos conservar la decencia; porque los otros medios que tenemos para ello no alcanzan algunas veces.

9.<sup>a</sup> »Son el principal recurso que tenemos para »dar novedad á las ideas mas comunes." Recuerdense los ejemplos que cité en el libro I. hablando de la novedad de los pensamientos, y se verá que toda la que tienen los pasages de Horacio y de Rioja allí copiados, se debe á los tropos que contienen. En el *pallida mors* &c. hay 1.<sup>o</sup> la sinécdoque de »abstracto por concreto" en el epíteto *pallida* dado á la muerte: 2.<sup>o</sup> otra sinécdoque de la parte por el todo en el *turres*, porque esta palabra no significa allí las *torres* solamente de que estan flanqueados los alcázares, sino el edificio entero; y 3.<sup>o</sup> varias metonimias de antecedente por consiguiente. Me detendré á explicarlo: y

verán los principiantes cuánto tienen que estudiar para entender bien los clásicos. El pasage de Horacio, traducido literalmente, dice: «La muerte pálida con igual pie da golpes á las tiendas de los pobres y á las torres de los Reyes»; pero dejado así nada diria en castellano. Es pues necesario saber lo siguiente: 1.º La muerte, ser abstracto que en realidad no existe, pues solo es una mera privacion, está aquí personificada y presentada bajo la imágen de una *muger pálida*. 2.º Ya personificada, se dice de ella que *da golpes con el pie* á las tiendas de los pobres y á las torres de los Reyes; pero para entender lo que esto quiere decir es preciso saber que los Romanos no llamaban con la mano sino con el pie á la puerta de una casa, cuando estaba cerrada y querian que les abriesen, y de consiguiente que el *æquo pulsat pede* debe traducirse «del mismo modo llama á las tiendas» &c. 3.º La palabra *taberna* en su acepcion literal, ordinaria, propia y primitiva solo significa en latin «tienda donde se vende alguna cosa»; pero como no eran los grandes señores y caballeros los que vendian al público, sino gentes de la ínfima clase, pasa á significar aquí (antecedente por consiguiente) *casa ó habitacion humilde*. 4.º *Turres*, nombre de una parte del alcázar, está, como se ha dicho, por el alcázar mismo. 5.º Todavía hay una especie de *hypalage*, pues en realidad para llamar no se daba golpes á toda la casa, ni á todo el palacio, ni á las torres de este, sino á las puertas; y en rigor

lógico Horacio debió decir, como en la sátira I. *pulsat ostia (tabernarum et turrium)*; pero hablando poéticamente suprimió la palabra *ostia*, y puso en acusativo el *tabernas* y *turres*, que lógicamente deberían estar en genitivo. 6.º Todavía hay mas. Ya tenemos entendido que «la muerte pálida del mismo modo llama á la puerta de las humildes casas de los pobres que á la de los alcázares de los Reyes»; pero si no sabemos que esta accion de llamar á la puerta está aquí por la de entrar que es la consiguiente, y esta por otra también consiguiente, la de coger y llevarse á la persona que está dentro; no habremos entendido completamente el pensamiento de Horacio, que en suma es el de que «la muerte lo mismo se lleva al rico que al pobre.» Nótese que algunos de estos tropos pueden conservarse en la traduccion, pero no todos. Así podremos decir: «la pálida muerte del mismo modo, ó igualmente, llama á la puerta de las humildes casas de los pobres que á la de los alcázares de los Reyes»; pero no podremos conservar la palabra *pie*, ni la sinecdoque *torres*; ni en rigor omitir la palabra puerta suprimida en el latin; porque ni nosotros llamamos con el pie, ni en castellano se dice bien llamar á la casa, sino á la puerta, ni la sola voz *torres* indicaria claramente la idea de *palacio*.

En el primer ejemplo de Rioja, este poeta, para dar novedad al pensamiento, personificó la muerte bajo la imágen de un segador; y en este supuesto llamó por metáfora á la vida *mies*, y á

la acción de quitarla *segar*. En el segundo empleó el consiguiente, *rodar la cuna*, por el antecedente *estar en ella*, y este por el de *nacer*; pues claro es que para que á un niño le mezcan en la cuna, es preciso que esté en ella, y para esto es indispensable que haya nacido.

#### ARTÍCULO V.

##### *Reglas para el uso de los tropos.*

Las cuatro primeras son comunes á todas las traslaciones, la quinta solo comprende las sinécdoques y metonimias, las restantes son propias de las metáforas.

##### *Reglas comunes á todas las traslaciones.*

1.<sup>a</sup> «Toda traslación de significado que no produzca alguno de los efectos indicados, es decir, que no haga la expresión mas clara, concisa, enérgica, decente, noble, ó agraciada, es por lo mismo inútil, y descubre visiblemente la afectación del escritor.» Por consiguiente debe proscribirse, como contraria á la naturalidad del estilo; cualidad tan importante que sin ella los mas brillantes adornos no son á los ojos del buen gusto mas que hinchazon y hojarasca.

2.<sup>a</sup> «No basta que la traslación produzca alguno de estos efectos: es menester ademas que lo que gane con ella una cualidad del estilo, no

«lo pierda alguna otra.» Así, aun suponiendo que por medio de una traslacion se hiciese la expresion mas concisa, si por otra parte perdiera en claridad, propiedad ó naturalidad lo que ganaba en concision; seria mejor no emplearla, á no hacerla necesaria la decencia, á la cual ceden todas las otras. Esto se entiende siempre que la falta de claridad, propiedad &c. que resultase, fuera considerable; pues no siéndolo, bien se puede á veces sacrificar algun tanto una cualidad determinada, cuando otra gana mucho en este sacrificio.

3<sup>a</sup>. »Toda traslacion debe ser acomodada al asunto de que se trata, al tono de la obra, y á la situacion moral en que se supone al que la usa.» Será acomodada al asunto, si contiene alguna circunstancia que no pueda convenir á otro. Tal es aquella sabida expresion figurada de Luis XIV., cuando, para dar á entender que con entrar á reinar en España la casa de Borbon reinante en Francia cesarian las disensiones y guerras que por espacio de mas de dos siglos habian dividido á las dos naciones, dijo: «ya no hay Pirineos»; expresion feliz, por quanto no puede convenir á las rivalidades de Francia con otra nacion que no sea la española. Será acomodada al tono de la obra, si en las magestuosas y serias no se toman de objetos jocosos y burlescos, ó al contrario. Por ejemplo, muchas de las que oportunamente emplea Cervantes en el Quijote serian ignobles en una obra de distinta naturaleza. Finalmente será acomodada á la situacion moral de la

persona, si solo presenta imágenes é ideas que en aquel caso han podido y debido ocurrirse al personage en cuya boca se pone. Así Fenelon para enunciar un mismo pensamiento varió oportunamente la expresion figurada, segun lo exigia la situacion de las personas que hace hablar. Habiendo llegado Telémaco á la isla de Calipso, le pregunta la Diosa quién es, y por qué acontecimientos habia venido á parar á su isla; y Telémaco, al responderla que era hijo de Ulises y que habia corrido diversos paises para tomar noticias de su padre, añade: »pero ¿qué digo? quizá él á »esta hora *yace sepultado en los profundos abis-*  
*mos del mar.*» Mas Calipso, en su réplica, para enunciar la misma idea, usa de esta otra expresion figurada: »su bajel, despues de haber sido »*el juguete de los vientos*, fué sepultado en las »olas.» Ya se deja conocer que la circunstancia »despues de haber sido *el juguete de los vientos*», no pudo ni debió ofrecerse á la imaginacion consternada de Telémaco; así como la de »yace sepultado en los *profundos abismos del mar*», no pudo ser natural en Calipso: porque, como observa muy bien Condillac, no es natural que siga con su vista hasta el fondo del mar un bajel en que sabe que no está Ulises.

4.<sup>a</sup>, y la mas importante. »Consistiendo toda »traslacion en poner el signo de una idea por el »de otra con la cual está enlazada; es necesario »que aquella idea cuyo nombre sustituimos al »de la otra, sea en las circunstancias determina-

«das en que hablamos, la que primero deba pre-  
 «sentarse á la imaginacion, la mas interesante de  
 «todas las coasociadas, y la que tenga relacion  
 «mas directa con la cualidad ó circunstancia que  
 «principalmente consideramos entonces en el ob-  
 «jeto de que se trata.” Así, ¿por qué es feliz y  
 oportuna la sinécdoque que emplea Ciceron en  
 la primera Catilinaria, cuando al describir los es-  
 tragos que haria Catilina si entraba con su ejér-  
 cito en Roma, dice: «los techos arderán”, *tecta*  
*ardebunt*? Porque al representarle su imagina-  
 cion el incendio de la ciudad, veia salir las lla-  
 mas por lo alto de los techos, y así esta parte es  
 á la que entonces atiende particularmente, la so-  
 la casi que tiene á la vista y distingue con clari-  
 dad. Y seguramente no se acordaba en aquel mo-  
 mento, sino muy en confuso, de los cimientos,  
 las paredes, las salas y gabinetes, en suma de las  
 otras partes de los edificios; ni menos pensaba en  
 su forma, en su color, ó en otras cualidades y  
 circunstancias nada interesantes por entonces. ¿Y  
 por qué el mismo Ciceron, hablando en la oracion  
*pro Milone* de que Pompeyo habia tenido que en-  
 cerrarse en su casa para no ser víctima de los fu-  
 rores de Clodio, usa de esta expresion: *janua se,*  
*ac parietibus; non jure legum, judiciorumque texit,*  
 esto es, «tuvo que defenderse con la puerta y las  
 «paredes, no con la proteccion de las leyes y la au-  
 «toridad de los tribunales”? ¿Por qué, digo, nom-  
 bra la puerta y las paredes, y no el techo, el  
 umbral ú otra parte, ó el edificio mismo? Por-

que, considerando la casa como un asilo contra el furor y la violencia de un faccioso, ve la puerta y las paredes que eran las partes que impedían la entrada y resguardaban al que estaba dentro; y no hace caso del todo, ni de las otras partes que ninguna relacion tenían con la defensa y seguridad del que habitaba la casa. De otro modo se hubiera explicado, si hubiese considerado esta como un resguardo, no contra los insultos de los hombres, sino contra la lluvia. Entonces, lo primero que hubiera visto y lo que de consiguiente hubiera nombrado primero habria sido el techo. Lo mismo se puede observar en todos los ejemplos citados, y en cualquiera otro en que la traslacion sea oportuna. En todas se verá que si sustituimos al signo de una idea el de otra coasociada, es porque esta tiene mas relacion que las restantes con la cualidad ó circunstancia que entonces consideramos en el objeto de que se trata. Téngase cuidado con esta regla. No se halla en las Retóricas, pero es muy importante para usar bien de los tropos.

*Regla peculiar de las sinécdoques y metonimias.*

Respecto de estos dos tropos, además de las reglas generales que acabamos de ver, « es preciso que la traslacion que empleemos esté autorizada por el uso. » Esta observacion es muy necesaria, porque si no la tenemos presente, podemos cometer muchos errores al traducir de una

lengua á otra. Cada una tiene admitidas y autorizadas ciertas sinécdoques y metonimias que la otra no conoce, y que por tanto no es permitido emplear. Tambien es necesario observarla aun en las composiciones originales en nuestra propia lengua; porque aun en ellas no está á nuestro arbitrio extender la significacion de las palabras por sinécdoque ó metonimia, sino cuando el uso lo permite. Pero es de notar que el uso puede declararse de dos maneras en favor de una traslacion de esta clase: la una, autorizándola formalmente y contraida á la voz misma que empleamos, como la que hemos visto en la palabra *velas*; y la otra, cuando en general tiene aprobadas otras semejantes, aunque tal vez ninguno haya hecho la aplicacion á la palabra determinada que deseamos usar en sentido figurado. En este segundo caso, siempre que la acepcion secundaria que demos á una palabra por sinécdoque ó metonimia sea clara y acomodada al caso particular en que deseamos emplearla, puede tener cabida aun cuando no esté individualmente consagrada por el uso, con tal que este tenga autorizadas otras análogas. Por ejemplo, como ya está admitido en castellano designar las dignidades por sus distintivos; es claro que, aun cuando nadie haya designado hasta ahora la de Capitan General por la insignia de los tres bordados, podrá hacerse en circunstancias oportunas. Pero es necesario advertir que esta libertad de introducir nuevas sinécdoques ó metonimias, no se extiende

á variar las ya usadas. Así, aunque podamos tomar la parte por el todo en casos en que todavía no se haya hecho, diciendo v. gr. *quilla* por *navío*, en circunstancias en que esta parte tenga relacion con el uso particular á que atendemos; no podemos sustituir el nombre *quilla* por el de *velas* en las expresiones en que el uso ha consagrado este exclusivamente. Por tanto, si alguna vez podemos decir, por ejemplo, » los mares de » América tienen bien conocidas las quillas espa- » ñolas », para dar á entender que nuestros navíos frecuentan mucho aquellos mares; no podremos decir del mismo modo » tantas quillas han » salido de Cádiz. » Esto no es por un ciego respeto que debemos tener al uso, sino porque este, que es mas racional y menos caprichoso de lo que comunmente se cree, ha empleado en tales expresiones el nombre de aquella parte que mas directamente excita la idea de la cualidad á que entonces atendemos. Tales son las velas respecto del movimiento.

#### *Reglas particulares de las metáforas.*

##### *Regla primera.*

» El objeto de donde se tomen ha de ser de » aquellos de que tienen noticia los oyentés ó lec- » tores. » A esta regla faltan los que en obras destinadas á la comun lectura ó en discursos populares, como los sermones, toman sus metáforas

de objetos de ciencias, oficios, y bellas artes. Se-  
mejantes objetos son necesariamente desconoci-  
dos á la mayor parte de los oyentes ó lectores;  
y de consiguiente, las expresiones en que se em-  
plean tales metáforas tienen el vicio de oscuras,  
como todas aquellas en que se introducen térmi-  
nos técnicos, aunque estos conserven su signifi-  
cacion literal.

Ya se habló de este punto tratando de las  
comparaciones. Así, ahora daré un solo ejemplo  
de metáforas defectuosas por esta parte, para que  
se vea cuán ridículas parecen en obras destina-  
das á la comun lectura. Lope (Jerusalén, lib. II.)  
hablando de dos hermanas llamadas Blanca y Sol,  
que fueron hechas cautivas y llevadas á la pre-  
sencia del Saladino, dice de la primera:

Blanca, hermana de Sol, como la luna,  
eclipse de sus rayos padecia;  
que, del persa dragon en la importuna  
cabeza opuesta, el resplandor perdia.

Triste y hermosa está sin luz alguna;  
que causa negra sombra al medio dia,  
opuesto, por diámetro enojoso,  
el cuerpo opaco al cuerpo luminoso.

¡Cuántos habrán leído y leerán la Jerusalén que  
no entiendan que toda esta astronómica algarabía  
quiere decir que la jóven se desmayó y per-  
dió el color al ver al Saladino! Pero era menester  
aprovechar el equivoquillo de Sol, y que Blanca,  
pues era hermana de Sol, fuese luna: y siendo  
luna, era forzoso que padeciese eclipse, y que el

persa fuese el dragon en cuya cabeza se verificase aquel: y ya se ve, la luna debió quedar *sin luz alguna, porque el cuerpo opaco opuesto por diámetro al cuerpo luminoso, causa negra sombra al medio dia.* Ello, tratándose de un eclipse de luna, mejor hubiera sido suponerle á media noche; pero el consonante necesitaba *ia*, y fué menester que la luna se eclipsase al medio dia. *Risum teneatis?*

*Regla segunda.*

«No basta que el objeto de donde se toman  
»sea conocido: es menester ademas, que sea capaz  
»de engrandecer y realzar el otro á que le apli-  
»camos.” No hay cosa tan opuesta al buen gusto, como tomar las metáforas de un objeto mas bajo y envilecido que el otro que se trata de ilustrar: defecto, en que tambien caen con frecuencia algunos poetas. Así Lope (Jerusalen, libro XVI.) dice, hablando del amanecer:

*Corrió la aurora la cortina á Febo,  
y salió de su puerta al teatro humano;  
y dándole la tierra aplauso entero,  
representóle un acto soberano.*

No es posible degradar mas un objeto tan magnífico como la salida del sol, que presentando á este bajo la imágen de un farsante que sale á las tablas á hacer un papel de comedia, y á la aurora bajo la del metesillas que le descorre la cortina para que salga. En el lib. XVIII. dice tambien:

..... cuando el alba  
*corre en la cuarta esfera las cortinas*  
*de la cama del sol &c.*

Aquí ya por fin la aurora no es metesillas de teatro, pero es un ayuda de cámara que entra á despertar á su amo el sol, y le *corre* las cortinas de la cama para que vea la luz. Pero si aquel es el que la difunde ¿para qué necesita de camarero que le descorra las cortinas de la cama? Y si la aurora no es otra cosa que la luz misma del sol que empezamos á ver mucho antes de que este astro se descubra sobre el horizonte; ¿qué puede significar en el lenguaje de la razon que el alba corre las cortinas de su cama? Aquí puede verse otra prueba de lo que se dijo tratando de la verdad de los pensamientos, á saber, que, como dice Boileau, *rien n' est beau que le vrai*, no hay belleza sin verdad.

En la Circe, canto II., tiene tambien esta otra metáfora tomada de objeto ignoble. Habla Polifemo con su manso, y entre otras cosas le dice:

¿Quién primero que vos, por las orillas  
 de estos arroyos, los dejó *afeitados*  
 de blancas y doradas manzanillas,  
 con el *hocico* y dientes afilados?

La accion de pacer el ganado es por sí misma mas noble que la de *afeitar*; y así esta metáfora, en lugar de ennoblecer, degrada.

*Regla tercera.*

»No solo en asuntos serios, elevados y ma-  
 »gestuosos, pero aun en los jocosos, humildes y  
 »sencillos, las metáforas nunca se han de tomar  
 »de objetos que puedan excitar en el ánimo ideas  
 »asquerosas ó torpes”; y aun tratando de envi-  
 lecer un objeto, se debe cuidar de no ofender la  
 delicadeza y el pudor de los lectores ú oyentes,  
 como ya se enseñó por punto general respecto de  
 todas las expresiones, tanto figuradas como no  
 figuradas. Por eso Ciceron reprendia á un orador  
 que habia llamado á su contrario, estiércol de la  
 curia, *stercus curiæ. Quamvis sit simile (dice)*  
*tamen est deformis cogitatio similitudinis.* »Aun-  
 »que entre ambos objetos haya alguna semejanza,  
 »es desagradable haber de pensar en ella.” Por  
 la misma razon Horacio se burlaba de un poeta  
 que para dar á entender que nevaba habia dicho:  
 »Júpiter, *escupe* nieve cana sobre los Alpes” *Ju-*  
*piter cana nive conspuit Alpes.* Y sin embargo  
 Lope, que seguramente habia leído á Horacio,  
 no hizo caso de su juiciosa censura; pues en la  
 Circe, canto 1., hablando de las peñas que los  
 Lestrigones tiraban á las naves de Ulises, dice:

No *escupe* celestial artillería  
 mas balas de granizo, que la fiera  
 gente peñas al mar.

En donde, ademas de que toda la metáfora es im-  
 propia y está mal sostenida, el término *escupe*,